

formas cuya materia es la vida humana y cuya naturaleza es histórica, de modo que "no constituyen nunca formas válidas en un mundo propio, sino realidades concretas en el tiempo". El hombre es el material vivo que constituye lo social; en el fondo de esto lo encontramos siempre, pues ello "brota de su vida como las fuentes de la masa líquida". Esto hace de la sociología no una ciencia del espíritu objetivo sino una ciencia de la realidad (o, quizás mejor, de la conducta) humana.

Para Poviña, "la sociología testimonia que el hombre no ha muerto, y demuestra que 'el hombre sólo entre los hombres puede llegar a vivir lo humano'".

Un trabajo breve, pero sustancioso y esclarecedor que deben conocer los estudiantes que se inician en la disciplina, para desterrar, desde el principio, muchos errores, y sobre el que deberían reflexionar los estudiosos de la sociología que no quieran exponerse a elaborar una ciencia de fantasmas, de la que el hombre de carne y hueso, unamuniano, se encuentre ausente.

Oscar Uribe Villegas

Abdel Malek, Agblemagnon et al., sous la présidence de G. Balandier: *Nations Nouvelles*. VIe Congrès Mondial de Sociologie. Evian 4-11 septembre, 1966.

En el grupo consagrado al estudio de las llamadas "naciones nuevas", del Sexto Congreso Mundial de Sociología, se presentaron comunicaciones referentes a sus tipos, a la especificidad de las "naciones duales", al rejuogo que en muchas se da entre tradición y modernidad, al choque entre la cultura europea y la local, a la descolonización en general, a la que se está produciendo en África transahariana, a la soberanía nacional, a los dilemas que, en cuanto a su organización se plantean a los nuevos Estados, a la consolidación nacional en el sureste asiático, a las relaciones internacionales dentro de la Unión Soviética, a las consecuencias nacionales del bilingüismo, a la dinámica de la construcción nacional en Túnez.

Dentro de este grupo de trabajo, Abdel Malek señala, en su trabajo, que la renovación social del mundo y el planteamiento sociológico de la misma son inaccesibles si no se reconoce que ciertas denominaciones, como la de "naciones nuevas", en vez de descubrir encubren la realidad, ya que los países designados por ellas son de gran heterogeneidad. Que el problema no es meramente académico sino político es algo que resulta claro si se considera que cualquier intento de mejoramiento tendrá que frustrarse si se procede sobre el supuesto de que, para fines desenvolvimentistas, son iguales las que sociológicamente son realidades diferentes.

Fuera del ámbito desnudamente político, e independientemente de que estas naciones puedan sentirse conglomeradas bajo la denominación común de "Tercer Mundo", desde el ángulo científico, es necesaria más que una clasificación, una tipificación de las mismas. Abdel-Malek intenta dicha tipificación, y establece diferencias entre:

1. Estados nuevos de vocación nacional (como Bechalandia, Basutolandia, Chad, República Centroafricana).
2. Nuevos Estados nacionales de vocación unitaria (como Ghana, Mali, Senegal, Camerún, Birmania, Malasia, y como los de los turkmenos, los kirguises y los armenios).
3. Naciones y Estados nacionales de origen europeo, superpuestos a un Fondo Extraño (como los de la América Andina).
4. Naciones renacientes (como China, Egipto, Irán, Turquía, Marruecos, Etiopía, México, Vietnam), que son de las naciones más viejas del mundo.

En relación con esta tipología, a Abdel Malek le parece que es importante estudiar las diferencias de impacto del pasado histórico sobre la realidad social y sobre las potencialidades de desarrollo de cada uno de estos países; que hay que determinar, también, cuál es la relación que existe entre cada uno de esos tipos de "nación nueva" y ciertas

filosofías e ideologías, y medir cuál es el potencial desenvolvientista que todo ello tiene en cada uno de estos tipos de nación.

Como frente a otros intentos semejantes, el estadístico social debe recordar que hay que considerar tanto lo que resulte promedial, como la variabilidad del conjunto; que hay que reconocer, con Malek que el conjunto es heterogéneo, pero que, a pesar de todo, existe entre todos los miembros un conjunto de rasgos comunes, importantes, que tampoco se deben olvidar.

En el estudio de las llamadas “naciones nuevas”, y en relación con el cambio dirigido —según indica Nandy— el tema de la modernización es de gran importancia. Pero, desgraciadamente, se le ha usado como sinónimo de “occidentalización” y como antónimo de “tradicionalismo”, a más de que se le ha reducido a los límites de la industrialización, de la urbanización, de la burocratización que, si bien son elementos componentes del proceso, no lo agotan, ni solos ni en su conjunto.

Nandy piensa que la modernización es un proceso tridimensional; que tiene un ámbito espacial, uno temporal y otro ideativo. Y piensa también que, si bien se pueden estudiar los cambios que introduce la modernización en diferentes esferas (económicas, culturales, etcétera), la única manera de entenderla bien es recurrir a enfoques interdisciplinarios que la consideren como una totalidad.

Tanto el uso del sistema de coordenadas propuesto, como la visión sintética, muestran que la modernización no es pura y simple occidentalización.

Oriente y Occidente —por principio de cuentas— no son las realidades polares que muchos se empeñan en mostrar. Srkar ha indicado que, en lo fundamental, hasta el año 1300 se desarrollaron parejos en lo institucional y en lo ideacional; que, entre 1400 y 1600, hubo renacimientos en Occidente y en Oriente; que entre 1600 y 1750, apenas, fue el desarrollo de la nueva ciencia física, positiva, la que introdujo un rasgo peculiar en el renacimiento europeo, haciéndolo distinto del de Oriente. Aun esto —según el propio Srkar— no mo-

dificó mucho la situación socioeconómica general: la vida, en Oriente y en Occidente —en lo básico— siguió siendo muy parecida, hasta que de 1750 a 1850, la Revolución Industrial creó en Occidente una nueva civilización. Al final del periodo, Oriente ya se había rezagado con respecto a Occidente, en cerca de un siglo.

Aun así, no son coextensivas “modernización” y “occidentalización” en sentido geográfico, pues —conforme indica Nandy— muchos países que forman parte de Occidente (según es el caso de los latinoamericanos) están tanto o más atrasados que los orientales. Tampoco coinciden temporalmente “modernización” y “occidentalización”, porque, lo que de Occidente está influyendo en Oriente no son las tradiciones occidentales sino la forma de vida actual; a lo que hay que agregar el hecho de que muchos países orientales tienen tradiciones más antiguas que las de Occidente.

En lo institucional, también hay que considerar que la diferencia entre Occidente y Oriente es más de grado que de esencia, porque industrialización, urbanización, burocratización las ha habido en Oriente, aunque en menor medida que en Occidente.

Y, aunque no sea en forma tan enfática, Nandy expresa que uno de los rasgos diferenciales verdaderamente importantes entre Oriente y Occidente se refiere a lo subjetivo pues ha sido de particular importancia el liberalismo; que enfatiza “la actitud resolutoria de problemas, la orientación hacia ciertas metas, la visión cismundana, el escepticismo respecto del pasado”.

Por otra parte, Oriente no acepta en totalidad la forma de vida occidental. Con ello, la modernización se orienta por la vía de una síntesis de lo occidental con lo oriental. Las economías nacionales sustituyen a las regionales, pero no siguen siempre los tipos occidentales. Muchas instituciones sociales (como la familia) se preservan en sus términos originales, y se procura conservar, tanto como se puede, la cultura indígena.

Pero hay —claro está— adaptaciones importantes y, así, en India, la nativa ley del *Karma* se conserva, pero apli-

cándola ahora, no a lo ultramundano, sino a lo mundano y mortal, mientras que —por otra parte— los métodos científico-positivos, tomados de Occidente, se aplican para la exploración y el entendimiento de la misma tradición india.

Según esto, la modernización tiene tanto de occidentalización como de orientalización (ò incide en ambas), y es probable que la orientalización misma, cuando llegue a alcanzar ímpetu suficiente, logre influir en Occidente. Nandy considera que, en el cercano futuro, la modernización tendrá que plantearse no ya en términos de occidentalización, sino de creciente convergencia universalizadora y que, en esta nueva perspectiva —también— la tradición no tendrá que desestimarse sino que ser considerada como elemento positivo que habrá que adaptar simplemente a las cambiantes necesidades de los tiempos.

Al Wardi, por su parte, se ocupa del choque de la civilización europea y la cultura de Irak, y comienza por presentar el viejo patrón cultural iraqués, constituido, fundamentalmente, por el ritual islámico y el nomadismo. La civilización europea irrumpe en él y produce los primeros impactos —dolorosos— que hace que los iraqueses llamen a los europeos los "bastardos del diablo". Surge, así, un movimiento (jihad) que va en contra de los "no creyentes" y que se manifiesta en la oposición a usar sombrero y pantalón, a rasurarse, a develar a las mujeres iraquesas.

Pero, aunque llega a plantearse agudamente el conflicto entre los modernistas y los tradicionalistas, en Irak llega a ser tan grande el ímpetu de cambio, que pronto los mismos tradicionalistas se encuentran haciendo, en la práctica, aquello que criticaban oralmente. Con el modernismo se produce —entre otras cosas— un debilitamiento religioso, porque la religión se asimila a lo tradicional y, en consecuencia, los modernistas se declaran ateos.

En Irak, la opinión pública comienza a constituirse a partir de la consulta sobre Faisal y, poco a poco, se vuelve excesivamente crítica. Uno de sus blancos lo constituyen los *effendi*, quienes son

—en mayoría— de origen turco y no iraqués.

Los cambios económicos comenzaron a producirse con la introducción de la industria, la cual ha aniquilado o desplazado a los artesanos y comerciantes sin que, además, haya absorbido a los desplazados. Ahora, éstos tienen que buscar acomodo en la burocracia o deben realizar los servicios más humildes.

En tanto, en el otro extremo de la escala social, los *sheiks* dejan sus aldeas para convertirse en señores ausentistas que desean complacer más al gobierno que a sus cotribeños. La migración hacia las ciudades (que contribuyen con una quinta parte a la población de Bagdad) propicia choques de antiguos rúricolas y de los urbanícolas, y favorece las reacciones criminales o la aceptación de ideologías como la comunista.

El choque entre la civilización europea y la cultura local iraquesa se manifiesta en otros varios sectores: las mujeres se emancipan; decae el amor romántico; se produce cierta de organización familiar y personal. Pero, sobre todo, según observa Wardi, se produce cierta esquizofrenia. Por una parte, se pide adhesión al principio de lealtad y favoritismo, que imperaba antiguamente; por otra, al de democracia, igualdad y justicia social, que trata de implantarse como nuevo. Y cada quien se ampara de uno u otro principio, según le conviene, contribuyendo con ello a la confusión y a la frustración general; a la imposibilidad de definir, con claridad, las situaciones sociales.

Aristodemo Sannibale, de la Universidad de Roma, se refiere, por su parte, a la descolonización, como un conjunto de procesos que modifican substancialmente los vínculos de dependencia entre los Estados, ya sea a través de su independización política o ya porque se coloque a ciertos territorios en pie de igualdad con respecto a otros, dentro de un Estado soberano.

El paso de la situación de colonia a la vida independiente o autónoma no siempre ha sido pacífico, y esto ha dependido de ciertos factores objetivos: de la aceptación o rechazo previos del coloniaje por los indígenas; de la actitud

de los colonos frente a la política metropolitana; del grado de realización de una vida en común; del desarrollo alcanzado; de la convergencia o divergencia ideológica; de las actitudes frente a la independización; de las presiones externas que se han ejercido sobre la colonia y sobre la metrópoli, tanto por parte de otros Estados como de algunos grupos internacionales de presión.

Pero, la descolonización no es —para Sannibale— exactamente opuesta a la colonización. Apoyado en Gini —que concebía la colonización como un proceso transculturativo— piensa que en la descolonización culmina el proceso colonizador.

A más de esto, hay que reconocer que, si bien distintas, de la actual —en ciertos aspectos— hubo descolonizaciones en el pasado; que las hubo en la antigüedad, en el Mediterráneo; que las hubo en el XVIII y en el XIX en la América Anglosajona y en la Latina; que la hubo en el XX, en Asia Central, cuando lograron su autonomía las antiguas colonias rusas, gracias a la Revolución Soviética y que, en este mismo siglo, Australia se ha convertido en Dominio de la Comunidad Británica.

Sannibale señala, en uno de sus títulos, que no basta la independencia política para asegurar la descolonización y, en el cuerpo del párrafo, da a entender que ha sido, sobre todo, la concepción inadecuada de la libertad, el ejercicio impertinente de la misma, lo que ha turbado la vida de algunos descolonizados recientes, que han caído, en forma regresiva, en un nuevo coloniaje o que —por lo menos— han llegado a pertenecer a lo que podría designarse como criptocolonialismo.

Dentro de este marco, Sannibale rechaza la concepción que hace de que la ayuda exterior se reduzca a una limosna y acepta, en cambio, que sería útil, para una auténtica descolonización, el que esa ayuda se concibiera como una guía educativa, económica, política, social y cultural brindada a los nuevos Estados y a las naciones o sociedades nuevas o en vías de formación, pero siempre dentro del respeto debido a la autodeterminación de los pueblos.

Tal parece que así recoge la noción giniana que haría de los pueblos más avanzados en civilización o tecnología preceptores o consejeros de los menos avanzados, más que patronos de éstos, a quienes se concebiría como limosneros.

Aglemagnon, a su vez, aporta el punto de vista del sociólogo del África transahariana que pertenece a esas sociedades y trabaja sobre ellas.

Él indica que ya se cuenta con muchos elementos para estudiar la descolonización, pero que sigue faltando una definición general y válida de la descolonización misma y que ésta —por su parte— resulta más difícil de obtener que la definición de colonización.

Sin embargo, él mismo concibe la descolonización como un conjunto de procesos dinámicos, continuos y totales, dentro de los que hay que reconocer, como momento de extraordinario interés el del logro de la independencia política que —con todo— no agota la problemática correspondiente ya que, conforme más nos alejamos del mismo son más los problemas que encontramos. La descolonización es, además, fenómeno total en cuanto abarca a todos los grupos, a todos los aspectos de la realidad social.

Aglemagnon considera que el estudio de la descolonización tiene tanta importancia teórica como práctica; que, en el dominio teórico debe orientarse por el método comparativo y que, en el terreno práctico debe ser tal que aclare auténticamente la problemática al hombre de acción, impidiéndole, así, que se reduzca a dar palos de ciegos, inútiles o incluso perjudiciales.

En efecto, la descolonización se presenta como: una serie de urgencias, una serie de hipotecas y una serie de conflictos.

Al hablar de descolonización, en efecto, se repiten *ad nauseam* ciertos temas (desarrollo, educación, personalidad cultural, integración cultural) sin que haya conciencia de que lo que se necesita no es inventariar sino jerarquizar, saber “qué gesto hay que hacer en primer lugar”. Al hablar de descolonización, tiene que reconocerse que hay una serie de hipotecas, cuyo monto y modalidad hay que aclarar y que es un error básico querer

proceder como si no hubiese habido colonización. Y, al hablar de descolonización, hay que reconocer que hay una serie de conflictos, y que deben estudiarse en concreto, conforme a las indicaciones de Agblemagnon, los dinamismos de ruptura, los de reconciliación, los de remodelación.

El notable sociólogo africano cuyas ideas subrayamos, indica en su comunicación que existe la necesidad ineludible (que nosotros hemos sentido al estudiar la castellanización de los indígenas) de conocer no sólo el punto de vista exterior sino el interior; no sólo la manifestación objetiva de la situación sino la definición subjetiva de la misma, a lo cual agrega él, con gran prudencia, que se deben recoger, además, no sólo las informaciones que se nos den, sino aquello "que no se dice".

En el ambiente de la descolonización adquieren enorme interés los nuevos grupos: aquellos que se sienten, sobre todo, herederos de la situación, muchos de los cuales son testigos o participantes de conflictos, de rupturas dramáticas que explican las dudas, las incertidumbres que se manifiestan en la elección de una ideología, en la adopción de un curso de acción; las incertidumbres que impiden que, en los países recién descolonizados pueda hablarse, en pureza, de la existencia de programas, de la existencia de estrategias propiamente dichas.

Otro sociólogo del "Tercer Mundo", Rachmat Subur, de la Universidad Padjadjaran, de Bandung, se refiere al dilema de organización de las áreas en proceso de modernización, y trata de investigar, fundamentalmente, la posibilidad que hay de aplicar las formas modernas de organización en las áreas no industrializadas.

Para sus fines, Subur considera que la modernización representa un esfuerzo para controlar la naturaleza en forma tan eficaz como sea posible, de un modo que simultáneamente se ajuste a la razón y a la experiencia. Y, con base en sus estudios y reflexiones llega a la conclusión de que lo que necesitan los países nuevos es "una especie de 'modelo operante' que proporcione una síntesis o

transacción entre el modelo racional y el sistemático-natural" a modo de que el modelo racional funcione siempre como tipo ideal al que trate de aproximarse, en grado mayor o menor, el modelo operante.

Walter Markov, de la Universidad de Leipzig, cierra, en cierto modo el ciclo de estas consideraciones; nos retrotrae, en cierta manera a la preocupación inicial de Abdel-Malek sobre la heterogeneidad de las llamadas "naciones nuevas".

Markov reconoce que la nación es un modo estructural de la sociedad, resultante de la coagulación de todo un pasado histórico; que no es categoría eterna y que es por ello por lo que incluso pueblos de gran reputación (pensamos en la categoría de las "naciones renacentes" de Abdel-Malek) pueden ser "naciones nuevas".

El término "nación", si bien de uso en el latín escolástico medioeval, ha adquirido su significación actual a partir de la Revolución Francesa. Ese significado comenzó por radicar, inicialmente, en una concepción ideológico-burguesa del nacionalismo "que hacía del propietario el verdadero accionista de la empresa de la patria".

La proletarianización no ha conducido —con todo— al cosmopolitismo: el proletariado ha sido nuevo centro para la cristalización nacional, y el problema nacional ha subsistido tras la colectivización de los instrumentos de producción, como reconoció Lenin.

En África tropical, la metrópoli ha representado para las colonias lo que representaron en la Francia revolucionaria las capas privilegiadas, para el Tercer Estado. En una y en otra parte, las masas no han sido, tampoco, muy distintas, y —conforme a las indicaciones de Markov— un trasfondo aldeano hace que en África la "cuestión nacional" acabe por ser una "cuestión campesina".

Pero Markov no admite que localismo, tribalismo o comunalismo sean barreras infranqueables para la constitución nacional (Nation-bildung, Nation-wer-dung, Nation Building). Pero, mientras que a África el colonización le dio una prestación involuntaria al hacer por te-

ritorios y etnias heterogéneas lo que hizo por Francia la monarquía centralizadora, las misiones católicas y protestantes, con sus luchas, descompusieron las relaciones prenacionales, e impidieron "que progresara la comunidad de afectos".

El surgimiento de una nueva *intelligentsia*, consciente de poseer en común el destino colonial, unido a la razón de Estado, se están convirtiendo en los constructores de la nación que, para su tarea, se vale de la centralización colonial, incluso en las disputas que surgen contra las autoridades indígenas de los enclaves subsistentes.

Al sociolingüista le conviene citar extensamente las palabras de Markov sobre el problema lingüístico que se plantea en esta situación social, y relacionarlas con las observaciones del trabajo de Fishman sobre el bilingüismo y sus consecuencias nacionales, que ya mencionamos en otra ocasión en estas páginas. Markov dice:

La propagación de una lengua nacional para reemplazar la lengua franca de la era colonial ha desilusionado a quienes la habían recomendado. Favorecía las lenguas de los indígenas comerciantes (hindi, hausa) frente a quienes debían aprenderlas como lenguas extranjeras. La economía triunfaba sobre la sicología.

A esto agrega una nota de particular interés para el sociolingüista mexicano, en cuanto proporciona un enjuiciamiento de nuestra situación, que se produce desde fuera:

Por otra parte, si la nación no está condicionada por una lengua común a todos, la falta de ese medio de comunicación puede ser un tropiezo... Hay que considerar, sin embargo, que los mexicanos que hablan español tienen el mismo derecho al título de nación que los guaraníes de Paraguay. Lo esencial no es el medio de comunicación adoptado, sino que haya uno disponible para todos.

Dentro del panorama de espinosas alternativas en que se mueve la proble-

mática sociolingüística africana en su conexión con el problema de la construcción de naciones (a cuyo estudio se consagró un reciente congreso, reunido en Gotemburgo, Suecia, en septiembre de 1968), le parecen a Walter Markov dignos de aplauso los esfuerzos sobre el suahili en África Oriental, el bambara en Mali, los trabajos del Instituto de Lenguas, en Accra.

Los estudios de todos estos autores, así como los de Chebocsarov, Dzunusov, Francis, Lapierre, Modrinskaya, Poirier y Zghal, y la prudente dirección de G. Balandier hicieron del grupo de trabajo sobre las "naciones nuevas" uno de los más interesantes del Sexto Congreso Mundial de Sociología.

Para E. Mondriskaya, de la Unión Soviética, la independencia tiene gran importancia, pues: 1) es factor de desarrollo para las antiguas colonias, y 2) se relaciona estrechamente con la soberanía nacional, que ella concibe como aquel derecho que cada nación tiene para autodeterminarse, o sea, "para elegir libremente su régimen político, económico y social". Ese derecho implica el reconocimiento de la supremacía interna de la nación y la igualdad externa entre las naciones.

La sociología vincula a la soberanía con la evolución social: 1) ya que el concepto surge con la aparición de las naciones; 2) puesto que su reconocimiento es liberador para ellas; 3) porque contribuye, así, al progreso social, y 4) en cuanto su contenido se modifica conforme éste avanza, en cuanto refleja tanto las necesidades internas como las generales de la época. Mondriskaya piensa que la afirmación de la soberanía de las naciones servirá para consolidar la paz.

La socióloga soviética señala que, al principio, el avance económico contribuyó a consolidar la soberanía de las naciones; pero que, conforme se evidenció el carácter capitalista e imperialista de dicho avance, algunos nuevos países se convirtieron en explotadores (según ocurrió con Estados Unidos de América) mientras que otros, sin dejar de ser víctimas de la explotación, comenzaron

a sufrirla de nuevos explotadores en formas nuevas (Latinoamérica).

De ahí que piense que, hoy, la soberanía debe expresar, sobre todo, el derecho que cada pueblo tiene a elegir la vía de desarrollo socioeconómico que más le convenga pues —según la observación de W. G. Carlton, de la Universidad de Florida, que ella transcribe— en la soberanía opera una tendencia no sólo nacionalista sino socialista.

W. Sharp piensa que la soberanía nacional es una construcción intelectual superada; pero, esto no es así. No lo es en forma parecida a como no han tramontado aún las ideologías, a pesar de las declaraciones de algunos pensadores estadounidenses. Según Mondriskaya, esta afirmación sólo pudo haberla hecho quien, por una parte, absolutiza las categorías políticas; quien, por otra, le reconoce al Estado sólo dos dimensiones: una territorial (que tendría por límite el mundo) y una biológica (que tendría por límite la especie humana) pues, con ello, se sustrae del Estado su naturaleza histórico-social, que es fundamental.

Es curioso observar cómo —en esto— un pensador marxista puede coincidir con uno cristiano que practique un pesimismo realista a la manera agustiniana, ya que ni Mondriskaya ni Reinhold Niebuhr aceptan que un “Estado-mundial” pueda ser la solución para los problemas humanos.

Quizás pueda aventurarse la opinión de que los desarrollos teratológicos de la representación política —que han producido como reacción rebeliones y movimientos anarquizantes— no podrán ser eliminados mediante una parecida elephantiasis estatal o a través del monopolio del poder y de la fuerza (centralizados en un gobierno central omnipotente), sino que tendrán que ser combatidos mediante el saneamiento y el fortalecimiento de los municipios que: 1) acerquen su actividad a la de la *polis* (hecha a la medida humana), 2) en los que se pueda practicar una democracia directa, y 3) en los que se eviten los peligros y las mixtificaciones, las desviaciones y falsificaciones de la voluntad popular.

Quienes atacan el concepto de soberanía nacional suelen hacerlo porque, según ellos, habría una vinculación inescindible entre ese concepto y el nacionalismo que —a su vez— sería fuerza sociopolítica negativa. Esto ocurre porque no han reconocido que es sustancial la diferencia que separa al nacionalismo y a la lucha por la nación, pues, en tanto el nacionalismo chauvinista es negativo, la lucha por la nación es un movimiento positivo, al que alguien —creo que Fishman, el sociolingüista— ha llamado “nacionismo”.

Conforme al apuntamiento de A. Mondriskaya, los marxistas “nunca se han propuesto la compartimentalización nacional, el aislamiento y el exclusivismo de los pueblos”, y han reconocido —en cambio— la notable diferencia “entre el nacionalismo chauvinista de los explotadores y el nacionalismo antiimperialista de las naciones de África, de Asia, de Latinoamérica, oprimidas o no liberadas aún del yugo colonial”.

Oscar Uribe Villegas

Warren S. Thompson y David T. Lewis, *Problemas de población*. Traducido al español de la 5a. edición en inglés por Florentino Martínez. México, Editorial Fournier, S. A., 1969, 535 pp.\*

Este libro tiene por objeto orientar y ayudar a entender los problemas de población primordialmente a estudiantes universitarios, sin embargo está escrito en términos tales que es accesible a no

\* Es conveniente hacer la siguiente aclaración: En la mayoría de los textos o tratados en español sobre demografía, se usa la palabra fertilidad para designar la capacidad fisiológica de participar en la reproducción, es decir, como potencial biológico; mientras que fecundidad se emplea para indicar la actuación reproductora real de una mujer. Se puede decir que hay mujeres fértiles pero infecundas, mas no se puede afirmar lo contrario. En inglés, el significado de “fertility” co-